

que acabo de oír, casi me demuestra lo contrario.

Arrepentida de haberle tratado cruelmente, repuse con acento que procuré fuese conciliador, y que resultó cariñoso:

—Yo no digo eso.... ni eso ni nada; sino sólo que reclamo, antes de dar cualquier respuesta, saber lo que opinan el doctor y doña Tula.

En aquellos momentos entró la señora. Aunque acababa de ver al enfermo, y parecía un tanto afligida, sorprendida de la expresión de nuestras fisonomías, fijó en Teodoro y en mí una mirada interrogadora.

—Me alegre, madre, que hayas venido, dijo aquél; te necesitaba. Estaba diciendo á Ester....

Comprendiendo lo que iba á decir el joven, me levanté y eché á correr con presteza; y refugiándome en mi alcoba, me encerré con doble vuelta de llave, como temerosa de ser perseguida.

## VII

He pasado una noche muy agitada. Casi no he dormido pensando en mi situación.

Es probable que la opinión de mis bienhechores me sea favorable. Espero que

Teodoro me lo comunique así hoy mismo; pero ¿si no lo fuese? Debo admitir como posible que ellos no se conformen con la elección de su hijo. Vale tanto Teodoro es tan estimado y goza tal popularidad en la población que, por alta que fuese la idea que tuviese de mí misma, comprendo que sacrificaría una buena parte de su porvenir enlazándose conmigo. ¿Qué ventajas positivas puedo llevar á su lado? Aparte de mi persona, que es un contingente bien pequeño, no ganaría ni riqueza, ni posición social, ni parentela aristocrática, ni nada de lo que pudiera conquistar si fijase los ojos en alguna otra joven de esta ciudad.

Si soy rechazada, daré la razón á mis bienhechores; pero quedaré profundamente lastimada, y no podré continuar aceptando la hospitalidad de esta familia. Tendré que marcharme de aquí, y me marcharé, porque mi vida de otra suerte, sería muy humillada.

¿Y qué haría, después de perdidos este apoyo y esa esperanza? ¿A qué rincón del mundo iría á refugiarme? Me acogería á tu hogar, y me recibirías con los brazos abiertos; pero sólo iría á aumentar tus penas, pues tu situación no es para proteger huérfanos y desamparados. Bien sé, no obstante, que cuento con tu cariño. Esta idea me consuela.

Interrumpo mi carta porque doña Tula acaba de mandarme llamar á su aposento. Temblorosa, fría y llena de confusión, corro á ver á la buena señora.

Acabo de volver de la conferencia, y estaría radiante de alegría, á no ser por un doloroso incidente que se ha mezclado á los sucesos de estos instantes.

Me esperaban doña Tula y el doctor.

Me saludaron con mayor cariño que nunca, y me hicieron tomar asiento en medio de ellos, en el enorme sofá antiguo, que ocupa la cabecera de la habitación.

—Ayer, dijo doña Tula con voz cariñosa, después que salió vd. del comedor, todo me lo dijo Teodoro.

Bajé los ojos y guardé silencio.

—Por supuesto, saltó don Javier con buen humor, que no faltaba más que la formalidad de la confesión auricular, porque todo nos lo había dicho ya por miradas y por señas.

—Sí, prosiguió doña Tula, tanto Javier como yo habíamos caído en la cuenta, y esperábamos la confidencia de un momento á otro.

—Sí, repuse tímidamente; pero también les habrá dicho que no le respondí nada.

—¿Y por qué no le respondió vd.? preguntó el doctor fingiendo curiosidad.

—Porque no debía, contesté.

—¿Y por qué no debía vd.?

—Porque no sabía si ustedes lo aprobaban.

—¡Mire vd. que cosa tan estupenda! objetó el mismo sonriendo; ignoraba yo que para querer ó no querer, se necesitase la aprobación ajena.

—Eso es, agregó doña Tula, para eso no necesitaba vd. nuestra aprobación.

—La necesito no sólo para eso, sino hasta para oír á Teodoro.

—No, hija, vd. no la necesita, concluyó el Sr. Guzmán. Si vd. lo quiere, bien; y si no, lo sentiremos, pero no lo llevaremos á mal, porque los afectos son y deben ser libres.

—No es eso lo que quiero decir, objeté con viveza; sino que, debiendo á ustedes tantos favores, quería poner fuera de duda el respeto y la consideración que me merecen. Para no faltar á ese propósito, reclamé de Teodoro que antes de volver á tocar ese punto, hablase con ustedes.

—Y nosotros, continuó doña Tula, hemos llamado á vd. para decirle que no solamente aprobamos, sino que aplaudimos la elección de nuestro hijo.

—Y que le quedaremos á vd. muy reconocidos, agregó don Javier, si se digna corresponderle.

—¡Señor!... ¡señora! articulé confusa y enternecida.

—No podía haberse fijado en persona que más nos agradase, agregó doña Tula.

—Ni que quisiéramos tanto, continuó don Javier.

—Conque ya sabe vd., volvió á decir doña Tula, sin dejarme hablar, que aprobamos de todo á todo las pretensiones de Teodoro, que las apoyamos y que las alentamos.

—No tengo palabras, repuse, con que manifestar á ustedes mi gratitud; no merezco tanta bondad.

Y sin poderlo remediar, me enjugué á hurtadillas y con la punta de los dedos, dos lágrimas que de las pestañas amenazaban rodar por mis mejillas.

—Vamos, vamos, articuló don Javier levantándose y dándome palmaditas en el hombro. Ahora falta lo más grave: la sentencia. Lo único que recomiendo á vd. es que no sea demasiado dura.

Y salió de la habitación.

Doña Tula me condujo á la sala, me hizo tomar asiento y me dejó sola.

Por lo pronto no comprendí lo que iba á hacer; pero no tardó en aparecer Teodoro por la puerta, y caí en la cuenta de que había ido á llamarle.

—Madre acaba de decirme cuanto ha pasado, me dijo el joven tendiéndome la mano. Ahora sí no tiene vd. motivo ni

pretexto para negarme la respuesta que ayer le pedí.

—Sí, repuse, los padres de vd. son muy bondadosos; no sé con qué pagarles lo que les debo.

—Ya habrá tiempo para eso, repuso, si vd. me quiere. Formaremos una familia afectuosa, y vd. será una hija buena y dulce para ellos.

—Si lo seré, contesté sin darme cuenta de lo que decía, y procuraré con cariño y finezas corresponder á la nobleza de su corazón.

—De suerte, continuó Teo con inmenso júbilo, que acepta vd. mi amor.

—Yo no he dicho eso, repuse confusa.

—Pues no hay remedio; para que vd. pueda mostrarles tanta atención, necesita ser de los nuestros.

—No me será difícil, contesté ya lanzada al terreno de la verdad, porque eso es lo que me dicta el corazón. Al doctor, á doña Tula, á Gabriel, á todos los quiero.

—¿Y á mí nó? preguntó Teo con inefable dulzura.

—Sólo á vd. nó, contesté sonriendo.

—¿Sólo á mí nó? repuso fingiendo despecho.

—También á vd.... un poquito, repuse.

—¿Un poquito nada más?

—Un poquito....

—No me conformo; ha de ser mucho.

—Un poquito.... más que á los otros, terminé.

Lo que hablamos después de esta confesión, lo que nos comunicamos, lo que nos ofrecimos, lo que soñamos, lo que gozamos con nuestras palabras y con la expresión de nuestros ojos, no hay para qué decirlo, ni es posible tampoco expresarlo. Tú, querida prima, que has amado también, y que sabes lo que son estos afectos hondos, sinceros, eternos, podrás comprenderlo é imaginarlo por tí misma, mejor de lo que yo pudiera explicártelo.

Vino muy pronto á sacarnos de nuestro arrobo, un ruido de pasos que se oyó á la entrada de la sala. A poco aparecieron doña Tula y Gabriel, éste muy débil y pálido. Al verlos, me levanté y fuí á ayudar al joven, cuyas piernas parecían vacilar, para que llegase al estrado.

—:Cómo? le dice: ¿vd. en pie?

—Me ha hecho levantar el gran acontecimiento del día, repuso con acento que quería ser alegre.

—Sí, intervino doña Tula; tan luego como concluyó la conferencia que tuvimos Javier, vd. y yo, fuí á comunicar á mi hijo lo sucedido, y él se manifestó muy contento, y quiso á toda costa levantarse para dar á ustedes sus parabienes.

—Querido hermano, dijo Teodoro.

¡Cuánta fineza! En el alma te la agradezco.

—Y yo también, proseguí, sólo que temo pueda ser á vd. perjudicial haber dejado la cama tan de improviso.

—Aun cuando así fuera, contestó Gabriel con voz anhelante, lo primero que ha de hacerse, es cumplir con los deberes de cariño, suceda lo que suceda.

—Gabriel, dijo doña Tula, es así por naturaleza y lo ha sido desde muy niño. No hay acontecimiento de la familia que no le interese hondamente.

—En medio de mis sufrimientos, continuó el enfermo con voz más apagada, me sirve de inmenso consuelo pensar que los míos, aquellos á quienes amo, no participan de mi suerte; y con todas las veras de mi corazón deseo caigan sobre mí los sufrimientos que pudieran turbar su dicha.

—Es grande la generosidad de vd., Gabriel, repuse conmovida. Está vd. tan atribulado por las penas, que necesita verdadera grandeza de alma para pensar de ese modo; pero no hay necesidad de lo que vd. dice: Dios le concederá salud, y todos viviremos contentos.

—Por supuesto, exclamó Teodoro cariñosamente; no estás tan malo como te imaginas, hermano. Te hablo como médico que soy. A mi juicio, saldrás victorioso

de la prueba, con sólo que sigas cuidándote un poquito.

—No lo creo, articuló el enfermo con amargura; estoy convencido de que no duraré mucho. Por otra parte, la vida que llevo no es para desear su continuación. Débil, postrado, sin esperanza de dicha, la muerte, en vez de intimidarme, se presenta á mis ojos como una redención. Ustedes que son los felices, los que tienen ante sí un porvenir risueño y han venido á este mundo á gozar, como predilectos de Dios, tienen razón para amar la vida, porque vivir para ustedes, es amar, y amar es ser dichoso. En momentos de tanto júbilo como los actuales, soy como un punto negro en la familia; formo la nota triste en medio del coro alegre que me rodea. Bien sabe Dios que me causa pena.

—¡Cómo! interrumpió doña Tula, ¡apenarte y mortificarte por eso! Más bien nosotros deberíamos estar apenados por mostrarnos alegres delante de tí.

—No, hermano, no hables de esa manera, suplicó Teodoro con tono suave; eso sí que nos aflige. Piensa solamente que todos te queremos.

—Eso, proseguí, eso es lo que vd. debe pensar; que todos le queremos, y que seríamos capaces de cualquier sacrificio por devolverle la salud.

—¿Para qué la quiero? interrogó con tristeza.

—Para vivir, repuso la buena señora.

—¿Y para qué quiero la vida? insistió Gabriel.

—Para gozar, para ser dichoso, le dije con calor, porque vd. lo merece.

El enfermo me lanzó una de aquellas miradas profundas que tanto me impresionan, y contestó con vehemencia:

—Él goce, la dicha, todas esas cosas no son para mí. Cada cual trae á este mundo su destino, y el mío es el del sufrimiento. No nací para la felicidad, sino para el dolor.

A medida que hablaba, iba haciéndose su respiración más ronca y difícil. La contracción de su rostro anunciaba una pena infinita, y su aspecto llegó á ser tan alarmante, que como movidos por un resorte nos levantamos los circunstantes y acudimos á su lado.

—No se molesten, protestó, es el asma que vuelve, es el ansia horrible que me sofoca. Sería menos cruel si me matase de una vez. No tengan ustedes cuidado, no mata. ¿Ya lo ven? De nada sirvo. Ahora que he venido á felicitarlos, los contristo. Perdóname, Teodoro, perdón Ester: no me hagan caso. Sean ustedes dichosos y déjenme aparte. . . . Si me muero, no se aflijan; tanto mejor, porque lo que quiero es morirme. . . . Eso. . . . Eso.

Las últimas palabras del enfermo fue-

ron apenas perceptibles. Siguió á aquel desahogo neurótico, un acceso terrible de sofocación, pero tan repentino y agudo, que fué preciso, además de los cuidados de Teodoro, llamar á don Javier, que estaba en la consulta. Abrimos de par en par puertas y ventanas, le hicimos aspirar éter y empleamos todos los recursos que conocíamos para cortar el mal; pero esta ocasión fué más rebelde que de costumbre. Nunca olvidaré la expresión del rostro de Gabriel en esos momentos: hundidos los ojos y medio velados en la profundidad de las órbitas, plomizo el rostro, extendidas las ventanillas de la nariz, abierta la boca y blancos y áridos los labios. Se sentía hondísima angustia al contemplarlo.

Y angustiaba acaso más el oír su respiración silbante y trabajosa, mezcla de estertor y de gemido.

Perdida la cabeza de don Javier y de Teodoro por el cuidado, no acertaban á prescribir medicina oportuna, y acabaron por mandar recado á dos de sus colegas para que viniesen á darles luz y ayuda. Los nuevos doctores examinaron rápidamente al enfermo, y dieron órdenes breves que fueron obedecidas en medio del azoro de todos.

Después de largas horas de sufrimiento y de zozobra, se ha logrado dominar la crisis, y en los momentos en que te es-

cribo, Gabriel, un tanto repuesto del acceso, reposa con tranquilidad. La inminencia del peligro ha pasado; pero el peligro subsiste. En opinión de los médicos, ha comenzado á interesarse el corazón en el padecimiento, y si siguen así las cosas, irá de por medio la vida de Gabriel.

Imagínate ¡qué fin tan triste del día más dichoso de mi vida!

Así es el mundo: está formado de contrastes.

### VIII

Gabriel sigue muy grave, y la familia muy consternada. Don Javier y doña Tula no se separan casi de la cabecera del enfermo. Por mi parte, he venido á ser inútil en esta casa. Aunque tengo la mejor voluntad para cuidar á Gabriel, me han alejado de su aposento, no sé por qué. Al principio, aunque notaba que doña Tula me ocupaba poco, lo atribuía al estado de su ánimo, muy explicable en el caso; y sin darme por entendida de su aparente desvío, pasaba largas horas cerca de Gabriel. Por cierto que me era muy penoso, porque se ahoga continuamente. No creas; por más que los médicos aseguren que hay alguna esperanza, no la hay. Basta verle para comprender que va á morir; no se necesita ser médico para eso.

A pesar de todo, el pobre joven no se había olvidado de Teo ni de mí.

Muy frecuentemente me preguntaba:

—¿Dónde está Teodoro?

—¿Se quieren ustedes mucho?

—¿Cuándo se casan?

Y agregaba:

—Dispéñense que amargue su felicidad.... Es contra todos mis deseos.... y será por poco tiempo.... No sé qué sería mejor, si morirme antes ó después de su enlace.... Porque si me muero antes, se retardará el matrimonio.... y si después, se amargará su luna de miel.

—Lo mejor, le respondía yo, será que vd. no se muera ni antes ni después, para que todos seamos dichosos; vd. á nuestro lado, formando todos un grupo cariñoso.

—No, eso no, me respondía con viveza; es imposible.... no puede ni debe ser.

—¿Por qué no? le preguntaba.

—Porque me llama el sepulcro, respondía, porque quiero descansar, y ese será mi descanso.

Por más esfuerzos que hacía doña Tula para calmarle en tales casos, no lo lograba, sino que iba entrando en tal estado de neurosismo, que se hacía preciso mandar recado á los doctores y apelar de nuevo á las medicinas de los grandes casos.

El resultado de todo ha sido, que al fin doña Tula me haya hablado francamente, diciéndome:

—Ya lo ve vd., hija, Gabriel se excita mucho cuando está vd. presente. Como es tan buen hermano y quiere tanto á Teodoro, ha tomado muy á pechos el compromiso de ustedes. Y como se siente tan malo y está seguro de morirse, sufre quizá por el marcado contraste que nota entre su suerte y la de ustedes, por más que no lo diga....

—¿Lo cree vd., señora? le pregunté consternada.

—No me cabe duda, repuso, y no solamente yo lo digo, sino que lo han echado de ver todos los que le rodean.

—No quiero, repuse, ser motivo de trastorno para él ni para nadie. Haré lo que vd. me diga, aunque me será penoso no servirle de nada.

—Lo creo, lo creo, hija, contestó doña Tula; pero ¡qué remedio! Ya que el pobre la ha tomado por ese lado, lo mejor será que vd. no se le presente.

—Está bien, señora, repuse con sumisión.

—No se aflija vd., Ester, prosiguió doña Tula observando la contrariedad que su orden me causaba, ya mejorará Gabriel y se calmarán sus nervios. Entonces podrá vd. acompañarle. Por lo demás, ya sabe que agradecemos de todo corazón sus atenciones.

Desde entonces no entro ya en el cuar-

to del enfermo, y sólo permanezco en el inmediato, atenta á cuanto se ofrece.

Por motivos idénticos á los que me expuso doña Tula, le ha sido también prohibida á Teodoro la entrada en el aposento de su hermano; lo que mucho le ha contrariado, porque es muy cariñoso, y se interesa vivamente por él.

La preocupación de la familia con motivo de la creciente gravedad de Gabriel, no ha impedido que prosigan los preparativos de mi próximo enlace con Teodoro.

Nos instalaremos en una casa contigua á la que hoy habito. Se abrirá una puerta de comunicación en el muro medianero de las dos casas, y así viviremos, como dice doña Tula, juntos y separados. Nuestro nido de amor está muy risueño. Tiene las piezas necesarias para que podamos estar con holgura; pero no sobra tanto local que parezca desierto. En una ala tendrá Teodoro su despacho, y en la otra estarán nuestras habitaciones. En la parte céntrica se extiende un jardincito muy lindo con su fuente de mármol, y como esta ciudad es tan propicia á las flores, y son aquí tan perfumadas, toda la casa parecerá un búcaro matizado y oloroso.

Hemos escogido Teodoro y yo el papel tapiz de todos los aposentos, y en esto, como en todo, no hemos discrepado en lo más mínimo. Será obscuro y severo en la

sala, color de cedro en el comedor, claro en mi alcoba, y más ó menos alegre en las otras habitaciones. Los muebles y alfombras serán por su color apropiados al tapiz: todo conforme á mis gustos y aficiones. Como he sido tan amiga de las artes, Teodoro tiene plena confianza en mi criterio, y no compra guardarropa, silla ó espejo, sin consultar antes mi opinión.

Ha llevado su fineza hasta el punto de pedirme dibujos para la hechura de algunos muebles, y habiéndole complacido de mil amores, he tenido la satisfacción de que el ebanista haya hecho grandes elogios de mi talento. Hasta ha llegado á pedirme permiso para construir otros muebles iguales á los míos. Por supuesto, me he negado á ello, porque no quiero que nadie tenga cosas como las que hoy recibo de Teo. Para conformarlo, le ofrecí hacer otros dibujos que podría utilizar como quisiese. Los padres de Teodoro, en vista de los progresos de la enfermedad de Gabriel, han resuelto que se apresure nuestro matrimonio. A decir verdad: fuera mejor que todo se hiciese por pasos contados, y que no diésemos qué murmurar á la gente; pero comprendo que el doctor y doña Tula no quieran que la ceremonia se efectúe cuando el luto haya caído sobre la casa. Por supuesto que Teodoro secunda en todo esas miras.... y yo también, aunque en secreto.



## IX

Faltan pocos días para mi matrimonio, y me hallo en un estado de sobreexcitación indescriptible. Por una parte, la gravedad de Gabriel, que es cada vez más alarmante, por otra, los preparativos de mi enlace, y finalmente, cierto estado de ansiedad y de melancolía que he observado recientemente en Teodoro; todo me tiene fuera de mí. Voy caminando al desenlace de la situación, casi sin conciencia, y como llevada en alto por los acontecimientos.

El traje de bodas, el velo blanco, la corona de azahares, el libro de nácar y los guantes de cabritilla están listos en mi alcoba.

El traje es riquísimo: ha sido hecho en México por la modista más afamada, y es de una tela muy costosa. El velo, fino y transparente, es tan grande, que me cubre de pies á cabeza. Ayer me lo puse ante el espejo, por vía de ensayo. Creo que no me va mal. Pero siento algo parecido á susto al mirar todas esas cosas. Lo desconocido me causa una inmensa emoción. ¿Qué suerte me reservará la Providencia? ¿Haré la felicidad de Teodoro? Aquí tienes mi única incertidumbre, porque lo quiero tanto, que nunca me perdonaría el

hacerle desgraciado. Me propongo no ocuparme sino de él, y vivir de una perpétua consagración á su cariño. Por este medio hallaré la felicidad, porque nada habrá más dulce para mí que hacer dichosa esa vida, que es fuente, luz y regocijo de la mía.

## X

Pocos días me separan del altar. Al pensarlo me embarga una emoción dulce y triste; pero me tranquiliza reflexionar que me lanzo en compañía de Teodoro á ese porvenir insondable.

La salud de Gabriel continúa empeorando sin cesar. A la vez que la servidumbre se ocupa en atenderle bajo la dirección de doña Tula, hay en la casa contigua, "la mía", otro gran movimiento de operarios que trabajan en los últimos arreglos. Con estas cosas, con estos ruidos tan incesantes y con impresiones tan encontradas, me siento trastornada y febril. Todo se me figura un sueño, y como si de un momento á otro hubiese de despertar á una realidad inesperada.

Según los informes que recibo, está Gabriel de tal modo grave, que tal vez se muera justamente á tiempo para estorbar el matrimonio; así es que aun cuando veo

que los preparativos avanzan, abrigo serias dudas sobre el suceso que anuncian.

Mucho ha contribuido á ponerme en tal estado de ánimo, un acontecimiento inexplicable que pasó anoche. Hubo al oscurecer un gran movimiento en el cuarto de Gabriel: los criados corrían por todas partes, fué llamado un sacerdote, y llegó á murmurarse que el paciente había espirado. Por fortuna resultó falsa la alarma; pero el susto fué espantoso.

Pasada la crisis, los médicos, los padres de Gabriel y Teodoro se encerraron en la sala y celebraron una larga conferencia. Desde mi cuarto estuve observando lo que pasaba, deseosa de saberlo por boca de Teodoro.

No bien oí que se marchaban los médicos, mandé llamar á Teo. Llegó conmovido y con huellas de lágrimas en los ojos.

—¿Qué sucede? le dije, ¿hay algo de nuevo?

—Sí, repuso, Gabriel está atravesando una crisis mortal, y puede espirar de un momento á otro.

—En ese caso, continué, sería conveniente suspender los preparativos de la ceremonia: me da tristeza que nos casemos bajo auspicios tan tristes.

—Tal vez sea lo mejor, murmuró caviloso.

—¿Y los padres de vd.? le pregunté, ¿qué opinan?

—Han perdido la cabeza, no dicen nada.

En esto, sobrevino una nueva crisis, y nos separamos sin hablar más. Después de ella, me pareció Teo más abatido que nunca, y cuando le interrogué sobre la causa de su visible trastorno, me contestó que nacía de la gravedad de su hermano y de la aflicción de sus padres. Pero no sé por qué se me figura que hay algo más que esto en el corazón de Teo, porque está triste, muy triste; suspira á cada momento, y cuando llora, muerde el pañuelo con desesperación.

Algunas veces brilla su mirada con resplandores extraños, crispa los puños y los mueve con ademán como de afirmarse en una resolución; otras, por el contrario, cae en un abatimiento absoluto: parece que no ve, ni oye, ni sabe dónde se halla.

—¿Qué tienes? le pregunto con frecuencia. Algo me ocultas, lo conozco. ¿Por qué no me lo comunicas? Tengo derecho de saberlo, y si lo supiera, procuraría consolarle.

Al fin, después de mucho batallar, he conseguido sólo un principio de confesión. Me ha dicho que no son infundadas mis sospechas, que lleva en efecto un gran tormento en el corazón, y que siente que la prueba es superior á sus fuerzas; pero no ha querido pasar de allí, y ha acabado

por suplicarme por lo más sagrado, no le haga otras preguntas.

—¿Será tal vez que ya no me quieres? concluí. ¿Seré yo la causa inconsciente de tu tribulación?

—Por la Virgen Santísima, me contestó con viveza, no sospeches de mi amor. Te quiero como siempre, más que nunca; pero no me preguntes cuál es la causa de mi congoja, porque no te la puedo decir. La sabrás al fin, porque tienes que saberla. Entretanto, pongo por testigo á ese Dios que nos oye, de que todo mi pensamiento, todo mi cariño, todo mi ser son tuyos, nomás tuyos, ahora y siempre.

Y en el arrebato de su cariño, cogió mi mano, la llevó á sus labios y la oprimió después contra el pecho. En seguida se cubrió el rostro con el pañuelo y derramó abundantes y silenciosas lágrimas.

La presencia de don Javier interrumpió nuestro coloquio.

—¿Qué noticias? preguntó Teo enjugándose las lágrimas.

—Malas, malísimas, contestó don Javier. Las crisis se suceden á cada momento.

Y luego agregó:

—Mala suerte les ha tocado á ustedes con esta enfermedad. ¡Cuán alegres estaríamos á no ser por ella! Pero Dios lo ha

querido de otro modo; no hay más que tener paciencia.

Sin decir más, cogió á Teo por el brazo y se lo llevó consigo.

Entretanto, me he venido á mi alcoba para trazar estas líneas.

Dentro de poco seré la esposa de Teo y habrá concluido la situación equívoca en que me hallo. Entonces le exigiré que me revele ese secreto que tanto le apena, y lo consolaré con las expansiones de mi cariño.....

## XI

Anoche, ya muy tarde, y varias horas después de escrita mi carta anterior, llamó Teodoro á la puerta de mi habitación; y como me tenían en vela las emociones del día y el cuidado de Gabriel, salí á la galería con presteza. Estaba oscura y desierta. Sólo en un ángulo lejano, se veía luz á través de la puerta entornada de la alcoba del enfermo. Reinaba por todas partes un silencio triste y doloroso.

—¿Ocurre algo extraordinario?, pregunté á Teo con no disimulada emoción.

—Que mi hermano sigue agravándose, repuso con voz sorda; madre acaba de decírmelo.

—Válgame Dios, exclamé hondamente afligida. ¿No hay ninguna esperanza?

—Los Dres. aguardan una crisis decisiva. Dicen que cualquier emoción puede pro-